ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE LA CRISIS ECONÓMICA Y SU SUPERACIÓN

Por Dra. Dolors Oller

Profesora

Máster en Responsabilidad Social Corporativa. Contabilidad y Auditoría Social

Universidad de Barcelona

La crisis económica en la que vivimos inmersos es de gran alcance: ha adquirido dimensiones planetarias con consecuencias de las que no se ha salvado prácticamente ningún país ni sector y tiene expresiones distintas en cada lugar, en función de sus propias características. Se ha expandido como una pandemia a través del sistema financiero, que es el ámbito económico más globalizado, y está atacando los puntos más débiles de cada economía.

Una crisis que pone en entredicho el sistema

La crisis está poniendo en entredicho la viabilidad de los presupuestos sobre los que han venido actuando los agentes económicos. Desde hace meses nos llegan diariamente noticias de los efectos de la crisis en la marcha de la economía y en la vida de la sociedad, de las familias y de las personas. Las manifestaciones más acuciantes las encontramos en el continuo aumento de los despidos y del desempleo, el cierre de empresas, las familias que tienen dificultades para cubrir las necesidades más vitales, la precariedad laboral… Asimismo, la crisis está provocando que el número de personas hambrientas y desnutridas en el mundo alcance un nuevo record. Detrás de todo esto se esconde un profundo sufrimiento humano que pide un compromiso moral de los ciudadanos para hacerle frente y encontrar vías de superación.

La crisis debería ser una oportunidad para darnos cuenta de en qué nos hemos equivocado y sacar, de ahí, las pertinentes consecuencias así como líneas de actuación cara el futuro, a fin de no repetir las mismas equivocaciones. Porque es obvio que dejar en plena libertad a los capitales financieros y que los mercados sean los únicos reguladores económicos sólo conduce, como desgraciadamente podemos comprobar, a la inestabilidad permanente, a la escasez de recursos destinados a crear empleo y riqueza y a crisis recurrentes. Asimismo, la falta de vigilancia o incluso la connivencia del poder político y los grandes grupos de poder económico no sólo ha dañado a la democracia; no ha favorecido en nada a la economía. Por otra parte, también es una evidencia que las políticas neoliberales llevadas a cabo en las últimas décadas, basadas en reducir los salarios y la presencia del Estado, el gasto social y los impuestos progresivos, ha favorecido a las rentas del capital y provocado una desigualdad creciente. En definitiva, durante estos años hemos sido espectadores privilegiados de cómo la inmensa producción de riqueza generada por la globalización ha favorecido la acumulación de beneficios en manos de unos pocos, en lugar de provocar un avance global en equidad redistributiva, y ha alimentado la especulación inmobiliaria y financiera que, a su vez, ha provocado también daños ecológicos considerables.

Desde hace tiempo se alzan voces de alerta sobre la sostenibilidad de nuestro modelo de desarrollo**:** la satisfacción de las necesidades - la gran mayoría superfluas - de las generaciones presentes, compromete gravemente las posibilidades de las generaciones

futuras de atender sus propias necesidades. Y una creciente actividad económica sin otro criterio que el mero criterio económico, tanto a escala local como planetaria, está produciendo graves problemas medioambientales que pueden llegar a ser irreversibles.

Hasta el momento se ha ido consolidando un modelo de globalización, que no es el único posible, sin contrapoderes ni contrapesos políticos o sociales. O sea, un modelo con grandes déficits democráticos, que ha permitido una gran creación de riqueza y al mismo tiempo una gran desigualdad en su distribución que, en términos económicos, ha provocado como efecto colateral la incapacidad de los mercados para absorber la sobreproducción de bienes y servicios que los cambios tecnológicos, económicos y sociales han propiciado y que indirectamente ha actuado como incentivo del endeudamiento de familias, que han suplido con el acceso al crédito su falta de poder adquisitivo para consumir, debido a las bajas rentas. El resultado es que se han roto buena parte de los equilibrios que estaban en la base del *Pacto Social* de la segunda mitad del s. XX y que están en el origen de su construcción más genuina: el Estado Social de Derecho. Concretamente, durante estas últimas décadas se han roto los equilibrios entre mercado y sociedad, entre economía y política, entre capital y trabajo, entre beneficios y riesgos y costes, entre derechos y mercancías, entre competitividad y cooperación. El mercado ha pasado de ser un elemento clave de la economía a ser el eje sobre el que se pretende construir la sociedad.

Hacia unas nuevas reglas del juego que humanicen la economía

Para que la crisis no se cierre en falso, con un reparto injusto de sus costes, sin reformas significativas y con las mismas reglas del juego y valores que la han propiciado, debemos cambiar de rumbo. Urge, pues, diseñar nuevos contratos, nuevas reglas del juego. Es el momento de proceder a reformar la arquitectura financiera para asegurar la coordinación eficaz de políticas nacionales y evitar la especulación crediticia. También ha llegado la hora de reforzar el *multilateralismo*, no solo en materia económica sino también para asuntos relativos a la paz, la seguridad mundial, el desarme, la salud y la salvaguarda del medio ambiente.

Ante tal crisis, la gobernanza mundial parece demandar un nuevo *New Deal* que promueva *la justicia social* para un gobierno equitativo como recoge el *Pacto Global para el empleo* de la OIT, de junio pasado, acogida en julio tanto por los países del G-8 como por los del Consejo Económico y Social de las Naciones Unidas, es decir, por las economías más poderosas, las emergentes, las que están en transición y aquellas que están en desarrollo.

Con ocasión de la crisis, se ha hablado de la necesidad de refundación del sistema económico mundial, una refundación de carácter ético: como en cualquier otro ámbito de la realidad, no todo vale en economía. Tener por objetivo exclusivo el beneficio sin tener en cuenta el *bien común* nos ha llevado a la situación actual. De ahí que podamos con propiedad decir que la economía se saneará cuando se humanice y se humanizará cuando se ajuste a nuevos principios éticos.

Es evidente que los desencadenantes de la crisis no tienen que ver solo con los mecanismos económicos, sino que han estado propiciados por la política controlada cada vez más por los mercados, por el poder puesto al servicio de los privilegiados y por el predominio y el afán de lucro que en gran parte se ha adueñado del mundo de los negocios. Por ello podemos afirmar que la crisis económica que vivimos es también una crisis política, cultural (ética, de valores) y ecosistémica. Por tanto, la crisis que estamos viviendo no puede ser redirigida solo con soluciones técnicas. Esta crisis tiene mucho que ver con una fuerte crisis valoral, de principios morales, sobre la que se ha ido construyendo la economía, nuestra sociedad y nuestra existencia. De todas maneras, la critica a los comportamientos personales faltos de ética que se han puesto de manifiesto en numerosos casos de corrupciones y escándalos financieros no nos ha de hacer obviar las causas inherentes a la naturaleza misma del sistema económico y social dominante, sus reglas de juego y los valores con los que han funcionado en las últimas décadas.

Y hay que tener presente que toda situación de crisis es un momento idóneo para preguntarnos hacia dónde queremos ir y por qué tipo de sociedad y de persona queremos apostar. Asimismo, es momento propicio para madurar individualmente y de forma también colectiva. Dicho en otras palabras y la crisis nos urge a pensar y plantear modelos de desarrollo alternativos sobre la base del análisis riguroso que vaya a la raíz de las causas de lo que está pasando, co-responsabilidad de los actores presentes en la dinámica social. Y ello conlleva implicación social y creatividad.

Apostar por tener menos para *ser* más

Habida cuenta que el momento presente, además de la *era de la información*, debería ser llamado la *era del consumo* [1], este nuevo modelo debería desmarcarse de la cultura del consumismo exacerbado en la que vivimos y, para hacerlo posible, habría que educar en el consumo responsable. Ahora bien, ello no es tarea fácil, porque nos hemos socializado en una cultura del consumismo masivo y hemos interiorizado sus valores. Éste es un tema de vital importancia: conviene recordar que es precisamente detrás del estímulo del consumo donde se juega el modelo de vida y de persona. El sistema de

[1] CORTINA, A., *Por una ética del consumo*, Ed. Taurus, Madrid 2002.

valores consumista se centra en el poseer, el disfrutar, el ganar, el lograr el éxito, el aparentar ante los demás para no ser menos que ellos, todo lo cual nos introduce en la sociedad de la simulación y la ostentación, alimentada por los medios de comunicación que pervierten el deseo y convierten la autonomía personal en aceptación ciega del dictado de la moda. El deseo de tener genera una actitud cognoscitiva, ya que la realidad es vista desde el punto de vista del *interés posesivo*. Todo es contemplado como un objeto que se puede poseer y todo queda referido a la utilidad y el interés. De esta suerte, de *sociedades con mercado* hemos pasado a *sociedades de mercado*, donde todo se compra y se vende. Ya Marcuse advertía sobre el empobrecimiento del ser humano contemporáneo, en sociedades marcadas por la tiranía del consumo[2] .

Superar la mayor forma de "distracción" colectiva que tenemos en la civilización occidental, a saber, la focalización en el consumismo y en el dinero, es uno de los mayores retos que tenemos planteados en servicio de toda la humanidad. Y ello comporta cambios profundos y nada fáciles en el terreno económico, en el social y en el político.

Hay que recordar que el mercado consumista anula la conciencia social, los valores cívicos y la responsabilidad social de los ciudadanos, socavando las bases de la convivencia social y la colaboración ciudadana. Provoca amoralidad social y repercute negativamente en la buena marcha de un sistema democrático. Si a ello unimos el hecho de que el actual orden económico mundial incrementa no sólo las injusticias económicas sino también las medioambientales, es evidente que la sociedad actual no encontrará la solución al problema ecológico hasta que no analice críticamente su estilo de vida. Y apueste por cambiar un modelo económico por una cuestión de justicia y de supervivencia.

La hora de la *Empresa ciudadana*

Hay que reabrir el debate sobre qué es la empresa y cómo ha de afrontar sus responsabilidades sociales, tema nunca bien resuelto y que aflora en épocas de crisis como la actual. Si queremos superar las graves distorsiones y disfunciones causadas por las actuales dinámicas económicas, las empresas, especialmente las grandes corporaciones transnacionales, verdaderas impulsoras del proceso de globalización en curso, han de dejar de regirse por intereses sólo de los propietarios: el *modelo de empresa financiero o accionarial*, orientado prioritariamente a la creación de valor para los accionistas ha de dejar paso a un modelo de empresa responsable, implicado con la

[2] MARCUSE, Herbert, *El hombre unidimensional. Ensayo sobre la ideología de la sociedad industrial avanzada*, Ed. Planeta-De Agostini, Barcelona, 1993.

sociedad, el modelo de *empresa ciudadana*, responsable y sostenible. Hoy más que nunca necesitamos que la valoración del éxito empresarial (la *accountability*) se base no sólo en hechos, sino también en valores y en el rol que se espera de la empresa en la sociedad.

Hay que aplicar, pues, el nuevo concepto de *empresa ciudadana*, entendida como aquella que se siente absolutamente corresponsable de los retos sociales del momento, con todo lo que ello implica. En consecuencia, es preciso superar la mera discusión sobre resultados sin contextualizarlos en el modelo de empresa y de éxito que les da sentido. La *accountability* no puede separarse de las relaciones con los grupos de interés de la empresa, ni tampoco de la necesidad de establecer y aplicar unos "valores corporativos". Y ello implica, a su vez, una nueva forma de construir la legitimidad y el reconocimiento público de la empresa[3].

En este sentido, es preciso buscar e impulsar otra manera de valorar los resultados de la empresa, que posibilite llegar a calcular la riqueza neta total creada, lo cual implica computar las rentas generadas o destinadas a cada una de las partes interesadas, incluyendo los efectos externos positivos y negativos sobre el entorno, además de tener en cuenta la evaluación de elementos más cualitativos (respeto a los Derechos Humanos, seguridad en el trabajo, conciliación vida laboral y familiar, integración de discapacitados e inmigrantes, atención a la igualdad de género y a la diversidad, lucha contra el cambio climático, compromiso de colaboración con las comunidades locales y los países del Sur, etc.). Ello seguramente obligaría a reconsiderar lo que se entiende por costes y beneficios, para no excluir del cálculo muchos “efectos colaterales” que hoy no son tenidos en cuenta.

Asimismo, debería ser un modelo de empresa transparente, con alguna forma de participación e intervención efectiva de las principales partes interesadas, en especial de los trabajadores, en la dirección y gestión de la misma. Son varias las vías posibles para hacer efectiva tal participación por parte de los principales *stakeholders*: asignación de derechos de propiedad o control formales, como es el caso de las acciones u otros títulos análogos, presencia directa o indirecta en el Consejo de Administración, posibilidad de veto mediante intervención en algún comité de supervisión, etc. [4].

---

[3] LOZANO, Josep Mª, *La empresa ciudadana como empresa responsable y sostenible*, Ed. Trotta, Madrid, 2009.

[4] Ver, en este sentido, RODRÍGUEZ FERNÁNDEZ, J.M., El gobierno de la empresa: un enfoque alternativo, Ed. Akal, Madrid, 2003; RODRÍGUEZ FERNÁNDEZ, J.M., MELLA HERNÁNDEZ, M.,

Esta situación supone retos y oportunidades para la RSC. Las empresas, como protagonistas indiscutibles de las relaciones económicas, pueden convertirse de la mano de la RSC en instrumentos para el cambio. Pero para ello, no hay que limitarse a aceptar una visión meramente instrumental de la RSC, al servicio de exigencias accionariales tal como en la mayoría de los casos ha venido sucediendo. Hay que promover un enfoque más *normativo* e intrínseco a la gestión empresarial, lo que inevitablemente habrá de llevarnos a un nuevo modelo de empresa responsable, la llamada *empresa ciudadana*. Porque no se trata simplemente de tener una estrategia de RSC, sino de incorporar la RSC a la estrategia de la empresa. Es así como ésta, verdadera institución social, puede verse a sí misma como corresponsable del espacio público global y de los retos que afrontan nuestras sociedades. Pero para que eso sea plausible necesitamos empresarios con una capacidad de liderazgo para asumir esta tarea.

.

SASTRE CENTENO, J.M., Gobierno y responsabilidad social de la empresa, Asociación Española de Contabilidad y Administración de Empresas, AECA, Madrid 2007.